

# SUSURROS

REVISTA COLOMBIANA DE CULTURA

15

Francia  
Abril 2007



*Fotografía Colombiana*  
*viztaz@viztaz.com.co*

# ¿QUÉ PIENSAN LOS INTELLECTUALES Y LOS ESCRITORES EN COLOMBIA? NO SE SABE

GABRIEL JAIME FRANCO

**O**se sabe sobre muy pocos. No es que no piensen, no faltaría más. Es que están silenciados. O peor todavía: autosilenciados. Uno puede saber, por ejemplo, qué piensa un escritor como Eduardo Escobar, por una razón muy sencilla: es columnista del El Tiempo, razón que es a su vez hija de una razón madre: a él le gusta el actual modelo. Todavía más: le gusta quien lo regenta en Colombia: el señor Uribe. Total: un muñeco de ventrílocuo. Oscar Collazos, que no es ni mucho menos un vocero de la insurgencia (o del terrorismo, como gusta decir al presidente), es amenazado. José Luís Díaz Granados debe exiliarse. Y hasta un escritor más bien inofensivo como Harold Alvarado asegura que ha sido amenazado por los paramilitares, lo cual, sin duda, es perfectamente creíble.

Siempre me ha parecido obvia aunque también un tanto peregrina la idea de que lo que tienen que decir los escritores lo están diciendo a través de su arte, y más peregrina aun si se considera que están expresándose en un país cuyo índice de lectura per cápita es de ½ libro anual: algo así como una o dos frases diarias.

En términos generales, un verdadero escritor escribe porque no puede dejar de hacerlo, sigue los impulsos de una compulsión, de un amor, de férreas convicciones y de innumerables rechazos. Y, si como suele decirse, los artistas “son la voz de la tribu”, qué puede esperar un pueblo que debe sumar a la opresión de la que es víctima el hecho de que, aquellos que serían su voz, no tienen la manera de hablar o no quieren hacerlo, tras el expediente de que “ya se expresaron”, que lo que tenían que decir “ya lo dijeron”. Lo han dicho en sus obras, claro, que no se leen; en los bares también, sin duda, en ese delicioso y hasta necesario ejercicio de la crítica en un ámbito cerrado. Pero ese ámbito está necesitando, por lo menos en este país y con carácter de urgencia, un altavoz. ¿De qué valen esos rechazos, esas convicciones, ese amor y esa compulsión si sólo pueden hallar un cauce expresivo en la siempre solitaria experiencia de la creación, y si esa creación no puede llegar a aquellos que le dan un sentido?

A la orfandad de pan, pues, el pueblo debe sumar la orfandad de espíritu, o bien aceptar la paternidad espuria de los actuales medios de comunicación y de la industria editorial, tan ocupados como están en cuidar e incrementar sus ganancias,

EDITORIAL

**Susurros**

Revista colombiana de cultura  
Nº 15 - Abril 2007

**Redacción**

Abimael Castro  
Hernando García Mejía

**Dirección:**

10 Place Morel, 69001,  
Lyon, Francia  
jefi.geo@yahoo.com

razón que explica en buena medida el éxito de la novela y el cine sicariales, hechos en general con un realismo mas bien pedestre y fácil, pero con mercado.

Los escritores y los artistas que no han encontrado otra alternativa que la de ser marginales o de trabajar marginalmente, pueden argüir con razón que carecen de los medios para que su obra y sus opiniones se publiquen y se lean, lo cual es cierto. La conclusión entonces es clara: hay que buscar esos medios. O mejor todavía: crearlos, hacer que nazcan sin que les penda sobre la cabeza la hipoteca de la independencia y la libertad, inherentes e imprescindibles en el arte (y digámoslo aquí como de pasada, en la vida).

Y eso es posible: ya hubo (sin la difusión que merecía, hay que decirlo) un intento parcialmente exitoso de que los escritores y artistas hablaran de cara al país: la carta de apoyo a la candidatura de Carlos Gaviria Díaz, firmada por más de 500 escritores y artistas de toda la nación. Aquí la “ganancia” no estuvo en el impacto que justamente debió merecerse tal expresión de apoyo (pues es una ganancia de coyuntura), sino en la demostración de que esos medios pueden crearse (pues es una ganancia cualitativa).

En Colombia, ya se sabe, hablan bastante duro, y claro (así no nos guste), los gremios económicos. El Ejecutivo, todavía más, y sobre todo ahora, así lluevan “rayos y centellas”. El Legislativo es en su mayoría una caja de resonancia del Ejecutivo, con la odiosa adición de que es allí, en el Legislativo, donde se planifica y se aceita y se le hace mantenimiento a la maquinaria política. ¿Y don Berna? Don Berna habla tan fuerte que ya ni voz necesita: una señal suya y paraliza una ciudad como Medellín, nada menos.

¿Y el Arte y los Artistas? Silencio. Y quizás se estén produciendo ahora mismo grandes obras de arte en el país, para nadie, para nadie mientras los artistas se resignan a que su voz se diluya en el necesario pero insuficiente recinto de su acto creativo. Poco más o menos que como mudos. Publicar es un acto de comunicación, un intento de diálogo. Si no intentamos, a como dé lugar, crear los mecanismos y los medios para que ese diálogo exista, quizás entonces ese intento de diálogo termine en que a los artistas no nos responda ya ni el eco, trágica situación ya no sólo para los artistas, sino también, y sobre todo, para un pueblo que necesita y merece acceder a aquello que nos quieren y deben decir quienes han pensado la vida y la historia desde una antigua y siempre nueva perspectiva: la del Arte.



*Fotógrafo:  
Mario Jesús Arroyave Durán  
Medellín*

# Antioquia y sus poetas vernáculos

Hernando García Mejía

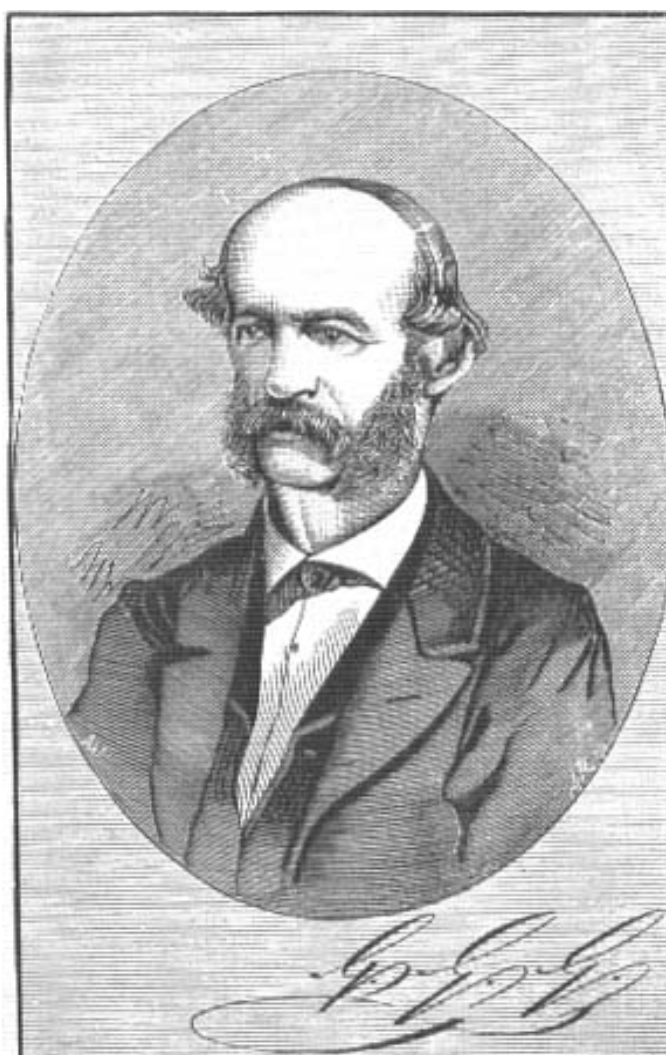
Frecuentemente se afirma que Colombia es un país de poetas. Y es verdad. Lo mismo podría decirse de Antioquia. Aquí proliferan los poetas. Hay poetas de blue jeans y poetas de Everfit. Poetas catedráticos, periodistas, burócratas, jubilados, desempleados, librepensadores, clásicos, surrealistas, místicos, eróticos, crípticos y crucigramáticos. De todo como en la viña del Señor.

Tan prodigiosa exuberancia niega, o contradice, al menos, la bien ganada fama de pragmatista, negociante y hacedor de dinero que caracteriza al paisa desde sus orígenes, obviamente dinamizados por la influencia de judíos y vascos.

O sea que el paisa –un concepto mucho más amplio y universal que el antioqueño– no sólo posee, como Midas, el don de transformar en oro todo lo que toca, sino que también puede convertirlo en belleza, en esa belleza que simplemente produce elación espiritual, felicidad estética, goce purísimo, gracia inocente, relámpago que ilumina los fenómenos, milagros y misterios de la vida, de la naturaleza y, sobre todo, de la condición humana.

Y, puesto a hacer poesía, el paisa es tan eficiente como negociando o multiplicando el dinero.

Esto es bueno relievarlo de manera categórica, para que lo aprendan y comprendan las nuevas



generaciones. No es conveniente, ni justo, quedarnos simplemente con la fama de lo económico, que, como se sabe, creó influencias nefastas que coadyuvaron al auge del imperio del narcotráfico con su cascada de dinero violento, corruptor y desquiciador de la sociedad y del sistema democrático.



Olvidémonos, pues, de todo esto y concentrémonos en la poesía, que, al fin y al cabo, queda para el ejercicio de la vida, mientras el dinero a veces se esfuma con la misma facilidad con que se gana.

Sin duda, los fundadores de la poesía paisa fueron Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía. Ambos exploraron y explotaron temáticas similares, sobre todo en el canto y exaltación de lo terrígeno y raizal. Su verso simple, terso y esencial buscaba decir cosas concretas, objetivas, conocidas de la cercanía vivencial. Su gran leit motiv era el amor a la región.

Gregorio Gutiérrez González nació en La Ceja en 1826 y murió en Medellín en 1872. Educado por religiosos, estudió primero filosofía y letras y después abogacía, graduándose en el célebre Colegio de San Bartolomé. Fue Representante a la Cámara y empleado de la rama judicial.

No obstante la cortedad de su vida –sólo vivió 46 años– dejó una obra trascendente, entre la que se destaca su famosa “Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia”.

Constituido por una introducción y cuatro capítulos, este hermosísimo poema representa toda una epopeya didáctica de la raza antioqueña y de la forma como ésta subyuga la naturaleza bravía que le cupo en gracia terrenal y divina.

Siendo socio activo de la Escuela de Ciencias y Artes y cumpliendo el requisito de presentar una Memoria Científica, escribió y leyó dicho trabajo.

Y como el mismo tema lo ameritaba, advirtió en su prólogo:

No usaré el lenguaje de la ciencia,  
para ser comprendido por el pueblo;

serán mis instrucciones ordenadas,  
con precisión y claridad y método.

No estarán subrayadas las palabras  
poco españolas que en mi escrito empleo,  
pues como sólo para Antioquia escribo,  
yo no escribo español sino antioqueño.

He aquí su postulado de autenticidad, su credo de claridad, su declaración de principios lingüísticos. “Yo no escribo español sino antioqueño”. Esto mismo haría, más adelante, don Tomás Carrasquilla en desarrollo del vasto universo narrativo de su obra, plétora sin par de esencialidades definidoras del ser y del hacer antioqueños. Y no podía ser de otra manera, puesto que la temática exige e impone su propio tono y lenguaje. Sobre asunto tan áspero y hermoso como son la tierra y la gente antioqueñas no podía haberse escrito en lenguajes relamidos, sofisticados, inauténticos, so pena de traicionar o desvirtuar el espíritu originario.

Gutiérrez González habla en su poema de todo lo pertinente: de los terrenos para el cultivo del maíz; de la manera de hacer las rozas; de la limpieza y abono de los terrenos; de las quemas; de la siembra; del regadío de las sementeras; del método para espantar a las aves y roedores que azotan y dañan las cosechas; de la recolección de los frutos y de cómo deben alimentarse los trabajadores.

En esta última parte –Capítulo IV– describe el rito ancestral de la preparación y servida de la comida autóctona, tan cara a nuestro paladar y tan apetecida en todas partes.

Veamos cómo pinta el poeta la servida de la comida:

El muchacho que ayuda en la cocina

reparte a los peones las arepas;  
de frisoles con carne de marrano  
un plato lleno a cada cual entrega.

Enseguida les da la mazamorra,  
que algunos de ellos con la leche mezclan;  
otros se bogan el caliente claro  
y se toman la leche con arepa.

Medio cuarto de dulce melcochudo  
les sirve para hacer la sobremesa,  
y una totuma rebosando de agua  
su comida magnífica completa.

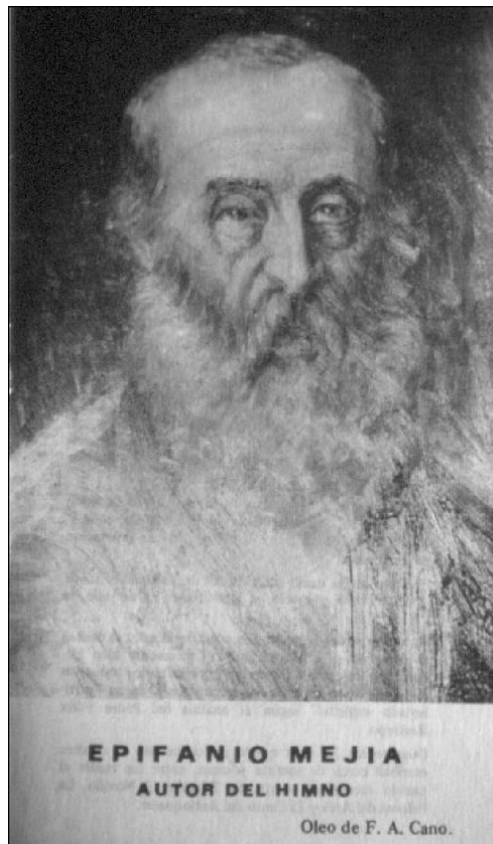
Después de tan soberbio banquetazo, el buen  
comilón de don Gregorio exclama con gracioso  
irrespeto:

¡Salve, segunda trinidad bendita,  
salve, frisoles, mazamorra, arepa!  
Con nombraros no más se siente hambre.  
“¡No muera yo sin que otra vez os vea!”.

Suele decirse que el hombre es lo que come. Y eso es el paisa, diestra y magistralmente retratado por Gregorio Gutiérrez González. Su energía prodigiosa para el bien o para el mal proviene tal vez de toda la sobrecarga proteínica de ese yantar, fuerte y rico como el paisaje de las montañas nativas.

A través de su poema, el poeta de La Ceja, llamada del Tambo en sus orígenes, nos da una gran lección de autenticidad y nos recuerda que el camino comenzó mucho antes de nosotros y que es necesario mirar hacia atrás para comprendernos y para saber enrutar nuestro porvenir.

Otros poemas muy celebrados de Gutiérrez González son “La visita”, pieza humorística de notable frescura, “Aures” y “A Julia”, canto de amor a quien fuera su esposa.



Epifanio Mejía, sucesor de Gregorio, nació en Yarumal, en la hacienda de El Caunce en 1838 y murió en Medellín en 1913. Loco desde los 31 años, pasó casi todo el resto de su vida en el manicomio. Su obra total consta de 134 poemas, a cuál de todos más sencillo y transparente. La pieza más conocida y representativa es, sin duda, “El canto del antioqueño”, que segregado en sus primeras estrofas y musicalizado por el maestro payanés Gonzalo Vidal, dio cuerpo al Himno Antioqueño, que exalta la libertad, la entereza, el coraje y el ánimo inexpugnable del paisa:

Yo que nací altivo y libre  
sobre una sierra antioqueña,  
llevo el hierro entre las manos  
porque en el cuello me pesa.

Al contrario del Himno Nacional de Rafael Núñez, ampuloso y retórico, este de Epifanio es

concreto, rotundo y expresa breve y eficazmente la idea de reciedumbre y determinación que forjan el carácter del pueblo antioqueño.

Otro poema memorable de Epifanio es “La muerte del novillo”, preciosamente descriptivo. Leámoslo:

Ya prisionero, y maniatado, y triste,  
sobre la tierra quejumbrosa brama  
el más hermoso de la fértil vega,  
blanco novillo de tendidas astas.

Llega el verdugo, de cuchillo armado;  
el bruto ve con timidez el arma;  
rompe el acero papitantes nervios;  
chorros de sangre la maleza esmaltan.

Retira el hombre el musculoso brazo;  
el arma brilla purpurina y blanca;  
se queja el bruto, y forcejeando tiembla.  
El ojo enturbia... y la existencia exhala.

Remolineando por el aire, vuelan  
los negros guales de cabeza calva,  
fijan el ojo en el extenso llano  
y al matadero, desbandados, bajan.

Brama escarbando el arrogante toro  
que oye la queja en la vecina pampa,  
y densas nubes de revuelto polvo  
caen en la piel de sus lustrosas ancas.

Poblando el valle de bramidos tristes  
corre el ganado por las verdes faldas,  
huele la sangre... y el olor a muerte  
quejas y gritos de dolor le arranca.

Los brutos tienen corazón sensible;  
por eso lloran la común desgracia  
en ese clamoroso De profundis  
que todos ellos a los vientos lanzan.

Imposible relatar con mayor eficacia la tragedia de esa muerte feroz, signada de dramatismo. Quienes alguna vez asistimos en nuestra infancia, pasmados y temblantes, a un espectáculo similar en el rústico matadero pueblerino, no podemos abstraernos al horror de esa visión, ni librarnos de la sensación hondísima de melancolía que semejante brutalidad nos produjo.

Gregorio y Epifanio tienen en Antioquia un heredero claro e indiscutido: Jorge Robledo Ortiz.



Nacido en Santa Fe de Antioquia en 1917 y educado por los jesuitas en el Colegio San Ignacio de Medellín, el poeta se dedicó desde muy joven al periodismo, que ejerció, entre otros órganos, en El Correo y El Colombiano. Después de esto desempeñó distintos cargos en el ámbito oficial y fue embajador de Colombia en Nicaragua, país en el cual contrajo matrimonio.

A su regreso a Colombia se vinculó a la Organización Ardila Lulle, en un puesto de asesoría cultural, que ejerció en el edificio Coltejer del centro de Medellín.

Su obra lírica, vasta y diversa, se ha cribado en varios volúmenes antológicos, entre los cuales figuran “Barro de arriería” y “Con agua del tinajero”.

De baja estatura, vestido casi siempre de azul, era un ser dulce, tierno, accesible, comprensivo, siempre dispuesto al diálogo cordial y a colaborar generosamente con los artistas, en especial con los poetas, para los cuales fue siempre un mentor y un consejero.

Víctima del corazón, pero ante todo –¡qué tristeza es reconocerlo!– de una pobreza crónica, falleció en Medellín en 1990, a los 73 años de edad.

Como todo gran poeta –que lo fue, sin duda, estudiado desde el contexto étnico, histórico y social de su región– marcó hitos especiales en su obra. Poemas como “Nuestra Señora del paisaje”, “Cuento de mar”, “Vuelve, hermano Francisco”, “Carta sin ortografía”, “Siquiera se murieron los abuelos” y “La casa de los abuelos”, son piezas redondas en su intención y sus logros y muy celebradas y declamadas desde su aparición.

Cultivó con entera propiedad tanto la poesía rimada y el soneto de rigurosa estirpe clásica, como el verso libre, ceñido por el ritmo de la música interna.

Algunos de sus sonetos son inolvidables por su frescura y musicalidad y por la belleza y originalidad de sus metáforas. Recordemos tres de ellos, en los cuales se destaca lo que acabamos de enunciar:

### SIEMPRE TÚ

Entre el mínimo incendio de la rosa  
y la máxima ausencia del lucero,  
se quedó tu recuerdo prisionero

viviendo en cada ser y en cada cosa.

Te presiento en la cita milagrosa  
que se dan la mañana y el jilguero,  
y en el aire, traslúcido tablero  
donde escribe en color la mariposa.

Todo me habla de ti. Sobre la brisa  
persiste la nostalgia de tu risa  
como una dulce música remota.

En los labios tu nombre me florece  
y al saberte lejana, me parece  
que me bebo tu ausencia gota a gota.

### NOVIADAYER

Novia de ayer, espina perfumada.  
Anillo ecuatorial del corazón.  
Virgen de nardo. Luz crucificada  
sobre el madero de la evocación.

Novia de ayer, nostalgia iluminada.  
Equilibrio entre el beso y la oración.  
Remanso de bondad, fuente sellada  
a los instintos de profanación.

Novia de ayer, poema de la ausencia.  
Cuento de luna. Vaso de inocencia.  
Envidia del lucero y el rosal.

Trino que el corazón lleva escondido,  
para engañar la soledad del nido  
mientras llora la escala musical.

### MATERNIDAD

Un arrullo de sangre por las venas.  
Un cansancio de luz en las pupilas.  
Un escozor de ala en las axilas  
y en la carne un preludio de azucenas.

Un lento madurar de horas y penas.  
Sordo río de noches intranquilas,



y en el simple silencio en que te exilas,  
buscar los senos y encontrar colmenas.

Sentir más cerca la razón del nido.  
Pulsar toda la espera en un latido.  
Analizar la curva en las corolas,

y escuchar que tu angustia se convierte  
en un llanto que triunfa de la muerte  
sobre un encendido de amapolas.

Las bellísimas metáforas de Robledo Ortiz  
adquirían a veces cuerpo y redondez de  
greguería. Veamos cómo define al cocuyo:

Citología de luz, gota del día.  
Marconigrama de la claridad.  
Clave de sol para una sinfonía.  
Asteroide con voto de humildad.

Retomando el hilo conductor de la temática de  
la antioqueñidad, es necesario reconocer que  
Robledo Ortiz, justamente proclamado Poeta de  
la raza, se hizo conocer, ante todo, por “Siquiera  
se murieron los abuelos”.

Escrito como testimonio-protesta de una época  
de naufragio general de valores, de  
descaecimiento y olvido de la antigua grandeza  
regional, tan limpiamente cantada por Epifanio,  
el poeta no oculta su indignación.

Y recuerda:

Hubo una Antioquia grande y altanera.  
Un pueblo de hombres libres.  
Una raza que odiaba las cadenas  
y en las noches de sílex,  
ahorcaba los luceros y las penas  
de las cuerdas de un tiple.

Siquiera se murieron los abuelos

sin ver cómo se mellan los perfiles.

Conciencia viva y pungente de su raza, la  
palabra del poeta es un látigo resplandeciente y  
restallante. Pero a la vez, también es una queja  
dolorosa, llena de amor y de hondísima  
melancolía.

Todos los “Siquiera” están eslabonados a manera  
de coro, como para ser repetidos por la  
colectividad. El poeta canta las virtudes,  
cualidades y excelencias abolidas y los demás  
repiten:

Siquiera se murieron los abuelos  
sin ver cómo afemina la molicie.

.....

Siquiera se murieron los abuelos  
sin ver los cascotes sobre los jazmines.

.....

Siquiera se murieron los abuelos  
sin sospechar el vergonzoso eclipse.

.....

Siquiera se murieron los abuelos  
frente a la dulce paz de los trapiches.

.....

Siquiera se murieron los abuelos  
sin ver omnipotencia en los alfiles.

.....

Siquiera se murieron los abuelos  
sin la sensualidad de los cojines.

.....

Siquiera se murieron los abuelos  
creyendo en la blancura de los cisnes.

.....  
Siquiera se murieron los abuelos  
con esa muerte elemental y simple.

Casi que la mera suma de los coros –o de lo que aquí denominamos así– basta para consolidar el poema, reflejar la totalidad de la nostalgia y erguir la protesta quemante. O, mejor dicho, casi que ellos solos constituyen la fuerza integral del poema que llora el paraíso perdido. Que no es otro que el paraíso de Gregorio y de Epifanio, regentado armoniosamente por las virtudes cardinales de la honradez, la laboriosidad y los grandes ejemplos sociales, cívicos y morales.

En este orden de claridades entrañables se inscribe, asimismo, el poema “La casa de los abuelos” –monumento histórico-cultural situado en Sonsón– en el que, después de hablar tiernamente de ambos viejecillos y de evocar, otra vez, las antiguas virtudes de la raza, nombra y canta algunos objetos o elementos gratos y necesarios al paisa primitivo: el tinajero, la totuma, el azadón, la mazorca, el trapiche, la mulera, el carriel de nutria, el machete, el fogón, el tiple, la imagen de la Virgen y la cuna...

Esa cuna vacía tuvo una vez un llanto,  
y una ilusión pequeña y una sonrisa clara.  
No indagues por los nombres. El tiempo fue  
borrando  
los pequeños detalles de una lejana infancia.

El poema remata con el consabido tono de protesta y de quejumbre:

Sigue, buen caminante. Ya te mostré este templo

donde oficia el pretérito de un pueblo de montaña.

Cuando alejes tus pasos, piensa que los abuelos se murieron de honrados sin mancillar sus canas.

Dile a quien te pregunte, que aquí donde el Capiro

celosamente cuida las ruinas de una casa,  
el corazón comprende que ya no es su latido como el de aquel abuelo que se murió de ruana.

Dile a quien no lo sepa que aquí bajo este cielo en donde hasta la espina da su dolor con gracia, Antioquia sigue siendo tierra de los abuelos pero ya no tenemos la honradez de la raza.

Robledo Ortiz fue, no obstante la calidad y nobleza de buena parte de su trabajo, un poeta tildado de “oficial” por algunos cantos de complacencia o condescendencia generosa con instituciones o personajes del establecimiento, y menospreciado sistemáticamente por las habituales camarillas y conventículos culturales, que, prevalidos de privilegios de coyuntura, pretenden hacer y deshacer prestigios a su antojo.

Pero eso no importa, porque el gran veredicto aprobador y consagratorio lo dio la misma raza antioqueña, que lo eligió su cantor predilecto después de Gregorio y de Epifanio, con los cuales constituye, como queda demostrado, la suprema trinidad de sus poetas vernáculos.

*hergamex@une.net.co*

## Lectura y escritura en el proceso educativo

Es consolador soñar  
mientras uno trabaja  
que ese barco –ese niño–  
irá muy lejos por el agua.

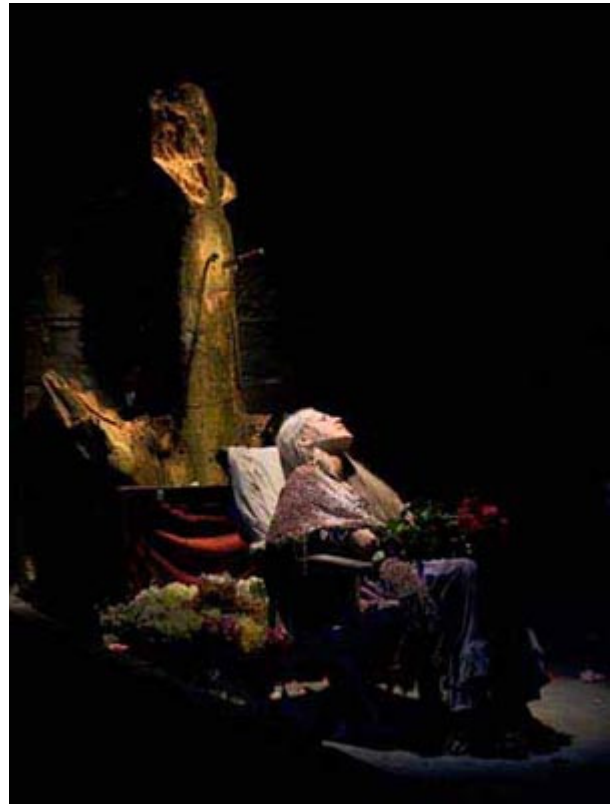
Soñar que ese navío  
llevará nuestra carga  
de palabras (y de amor)  
hacia puertos  
distantes, hasta islas  
lejanas.

Soñar que cuando un día  
esté durmiendo nuestra propia  
barca, en marcos nuevos  
seguirá nuestra bandera  
enarbolada.

Hno Fermín Gainza Elgueda

**E**ste poema, del Hermano Lasallista Fermín Gainza Elgueda, ilustra bellamente un proceso educativo, en el corazón de un maestro verdadero, el que enseña a leer, a pensar y a vivir, y enseñando, bota naves –niños– hacia puertos lejanos, insospechados. Sirva, pues, como epígrafe de excepción para nuestro propósito: el tema de la lectura, la escritura y el proceso educativo.

Se debe aclarar que, aunque siempre que escribimos sobre el proceso educativo evocamos el proceso escolar, entendido este como el recorrido por la escuela, desde pre jardín hasta el postgrado, el proceso educativo comienza desde la concepción y únicamente termina con



*Fotografía: Sandra Inés Zea Uribe Medellín*

la muerte. Al respecto, la poetisa y premio Nobel Gabriela Mistral decía que la verdadera educación del hombre comienza veinte años antes de su nacimiento, apoyada esta sentencia en la teoría psicogenética de Piaget, específicamente en los elementos herencia biológica y herencia cultural.

El proceso educativo es, pues, todo lo que el hombre aprende y desaprende durante su ciclo vital.

Toda la historia del hombre ha estado signada por la lectura. En los albores de la humanidad, cuando no existía la escritura, se hacía una lectura permanente y más o menos selectiva

mediante los sentidos. Ojos, oídos, tacto, gusto y olfato “leían” permanentemente el entorno, y una cierta experiencia básica, a la manera de Gastón Bachelard, proporcionaba una información previa –aunque no suficiente– para afrontar la realidad y construir una visión del mundo.

Esta lectura, simple y llana, se denomina lectura natural. El ser humano, desde el vientre materno hasta el momento en que inicia el aprendizaje de un idioma, es un lector natural; hacia los cinco o seis años, según la legislación educativa de cada país, salvo casos excepcionales, que por desgracia son muchos, inicia el proceso de aprendizaje de un idioma y, por lo tanto agrega otra forma de lectura a la natural: la lectura aprendida.

Así la lectura – natural y aprendida, la una complementando a la otra, a lo largo de toda la vida – se convierte en eje, se presenta transversal a toda etapa o proceso educativo y lo hace productivo o no, lo acelera o retrasa, según la intensidad de su presencia.

Bajo este presupuesto, se hace indispensable estimular procesos de lectura desde la más temprana edad; en los bebés, ojalá desde la quinta o sexta semana de gestación, pues está demostrado que desde este momento el ser humano cuenta con todo su sistema sensorial suficientemente desarrollado para hacer lectura natural.

La madre y el padre deben saber que luego de las seis semanas de gestación, el bebé empieza a leer su entorno y el de la madre y adopta ritmos corporales acordes con los estímulos que recibe. Es preciso, entonces, que la madre se acaricie el vientre mientras le habla, lee o canta; o recurra a las clásicas técnicas de estimulación temprana. O, simplemente, hable al bebé de

cosas cotidianas pero con una carga afectiva adecuada e intencional. El padre no debe ser, en ningún momento, desconocedor o actor pasivo de estas circunstancias.

A esta altura, debemos recordar que “la inteligencia es susceptible de desarrollarse, tanto como estímulos positivos reciba”, según la psicolingüística. Un buen proceso de lectura debe consultar con la etapa de desarrollo cognoscitivo por la cual se atraviesa, las características, gustos e intereses del lector, así como una cuidadosa selección de estímulos y lecturas, observando con cuidado no sólo la edad cronológica sino también la edad mental.

Desde las seis semanas de gestación, citadas anteriormente, se debe gozar de la literatura, que en su sávida estructura se inicia con canciones de cuna y nanas; prosigue con las poesías, las rimas infantiles, las retahílas, las rondas, los trabalenguas y las adivinanzas, continúa con el cuento popular tradicional, el cuento literario, la novela juvenil, y termina con la gran literatura, en especial la clásica, imposible de omitir por su técnica, manejo del lenguaje, estilo, universalidad y vigencia del tema.

Entre cero y dos años, el bebé está en la etapa sensorio motriz, lo que implica que sus necesidades de lectura deben ser satisfechas teniendo en cuenta sus intereses de desarrollar los sentidos y la motricidad. Se le debe dejar tocar diferentes objetos como libros plásticos, de tela, pasta dura o juguetes; hacerle gestos, sonreírle y acariciarle; imitar voces de animales y empezar juegos de palabras que le permitan desarrollar sus sentidos e iniciarlo en la formación de una visión estética, así como en la construcción del lenguaje. No pueden faltar, al oído del bebé, las canciones de cuna, las nanas, las canciones y los juegos con palabras.



De dos a cinco años, el ser humano se encuentra en la etapa de representación preoperatoria, donde se empieza a desarrollar el lenguaje oral, se percibe la relación de palabras e imágenes, se distingue el ritmo y sonido de las palabras y se comienza a desarrollar el sentido de la narración. No deben faltar los cuentos que introduzcan conceptos sencillos de forma, color, tamaño y número, con lenguaje rítmico y repetido y donde el protagonista sea un niño o niña como quien escucha.

El pensamiento intuitivo ocurre entre los cinco y los siete años. Con él se desarrolla el concepto de identidad individual, el de la narración y se tiene una vida imaginativa rica, que ayuda a entender la realidad. Los cuentos clásicos son fundamentales, entonces, porque presentan finales felices y justos, permiten trabajar temores personales, enriquecen el mundo interior y son predecibles pero con final sorprendente.

Entre los siete y los nueve años se vive la etapa de operaciones concretas, donde se reconoce la existencia de opiniones ajenas, se desarrollan las preferencias por los temas realistas y se generan ideas, al igual que la capacidad para manejar conceptos. Es la época de los cuentos sobre los problemas propios de esta edad, el cuento literario y las novelas cortas.

Las operaciones concretas se perfeccionan entre los nueve y los once años; mediante ellas se reconoce el significado de los símbolos y el lenguaje figurado, así como el sentido del humor; se adquiere el gusto por la aventura y el suspenso y se acepta la realidad, sin olvidar la fantasía. Se deben leer novelas para jóvenes, de aventuras y de amor e iniciar temas de actualidad.

La etapa de las operaciones formales, presente de los doce a los trece años, permite a la persona hacerse consciente de su papel social y tomar

posiciones de reflexión o crítica. Es la época clásica de la novela juvenil y de aventuras.

De los catorce años en adelante se afianzan las operaciones formales y con ellas la lectura crítica, sustentada en novelas extensas, libros de ensayos, cuentos modernos y textos expositivos que inicien en la propia producción de textos.

Este recorrido vital enmarca un proceso de lectura que, sin lugar a dudas, forma un criterio y forja una personalidad capaz de soportar los embates de la vida y de afrontar con éxito las pruebas de las responsabilidades académicas o escolares que, dicho sea de paso, deben estar orientadas hacia la formación más que a la acumulación de conocimientos. Esta última circunstancia, lamentable en educación, es denominada justamente por Paulo Freire como concepción bancaria de la educación.

El escritor español Jordi Sierra i Fabra dijo, alguna vez:

*“Leía un libro al día. Soy hijo de la lectura. Lo que sé, lo extraje siendo niño de cuanto leía. Mis primeras lecturas fueron emocionantes, y de ellas aprendí el ritmo narrativo, que es hoy una de mis principales virtudes. De todas formas lo único que yo quería era leer. Con los libros viajaba a todas partes”*

El poeta y narrador colombiano Hernando García Mejía escribió en sus memorias:

*“Estas memorias relatan la forja de un escritor que después de cursar la primaria en el pueblo natal se internó en el campo a trabajar y a leer. A los veinte años, tras devorar a luz de vela buena parte de la gran literatura clásica universal, dejó el azadón, el machete y el canasto de cogedor de café y se marchó a Medellín”.*

Eduardo Carranza, poeta de Colombia, como gustaba nombrarle el inolvidable Neruda, declaró a sus biógrafos:

*“He pasado las tres cuartas partes del tiempo que me dura la vida leyendo, leyendo, leyendo. Leyendo de todo: desde los poemas de Homero hasta las novelas de Simenon. Con sedienta e insaciable curiosidad. He sido un lector desordenado. A veces tengo al alcance de mi mano tres o cuatro libros diversos: novela, ensayo, poesía, historia”.*

Tomás Carrasquilla, el precursor de la novela histórica, al lado de Balzac y Hugo, consignó en su autobiografía:

*“Por allá...se lee muchísimo. En casa de mis padres, en casa de mis allegados, había no pocos libros y bastantes lectores. Pues ahí me tenéis a mí, libro en mano a toda hora, en la quietud aldeana de mi casa. Seguí leyendo, leyendo, y creo que en el hoyo donde me entierren habré de leerme la biblioteca de la muerte, donde debe estar concentrada la esencia toda del saber hondo”.*

Y así, pudiéramos citar a Gabo en el delicioso y conocido pasaje de cuando su abuelo lo llevó a conocer el hielo, o a Marcel Proust con su evocación de la lectura, o a Estanislao Zuleta, a propósito de su famoso texto Sobre la lectura, o a Nietzsche con su Zarathustra, o a nuestro Fernando González con su Viaje a pie..., pero me parece que los paradigmas presentados son suficientes, formativos y felicitarios, sobre la importancia de la lectura y la escritura en el proceso educativo.

Recordemos, a esta altura de nuestro texto, que el proceso educativo —el proceso lector— se inicia en el vientre materno, o antes, como ya se dijo, y termina con la muerte. El paso por la escuela

(en sus diferentes niveles) no es más que una pequeña etapa del proceso educativo, fructífera si cumplió realmente su verdadera finalidad como lo es enseñar a pensar; deficiente si sólo proporcionó datos y diplomas, porque deja al profesional indefenso en la mira del analfabetismo funcional.

Finalmente, para dar fundamento sólido al proceso lector y empezar a bordear los caminos de la escritura, tengamos presente el siguiente enfoque de la lectura, a mi juicio certero, porque la presenta como un placer pero también como arte capaz de producir un texto nuevo: es el enfoque transaccional. Esta es la concepción más reciente sobre la lectura y proviene de la teoría literaria; fue desarrollada por Louise Rosenblatt. Para Rosenblatt (1985), transacción, tal como lo utilizara John Dewey (1949) significa una relación doble, recíproca entre el cognoscente y lo conocido. Afirma que la obra literaria ocurre en la relación recíproca entre el lector y el texto y llama a esta relación una “transacción” a fin de enfatizar el circuito dinámico fluido, la ínter fusión de lector y texto en una síntesis única que constituye el significado, ya se trate de un informe científico o de un poema.

Rosenblatt dice:

*“El poema debe ser pensado como un suceso en el tiempo. No es un objeto o una entidad real. Sucede durante la compenetración del lector y el texto. El lector trae al texto su experiencia pasada y su personalidad presente. Bajo el magnetismo de los símbolos ordenados del texto, él dirige sus recursos y cristaliza, con la materia prima de la memoria, el pensamiento y el sentimiento, un nuevo orden, una nueva experiencia que él ve como el poema. Este llega a ser parte del flujo perpetuo de su experiencia para ser reflejado*

*desde cualquier ángulo importante para él como ser humano”.*

Este enfoque trasciende otras formas de lectura, al enfatizar la dinámica del proceso en el cual observador y observado (lector y texto) se confunden en un tiempo único y surgen del mismo, transformados. En este enfoque el lector construye un texto paralelo y estrechamente relacionado con el texto editado, pero no idéntico al que el autor tenía en su mente antes de expresarlo por escrito. Entre el lector y el texto se da un proceso de transacción a través del cual ambos se transforman. En el lector se enriquecen, sustancialmente, los procesos de asimilación y acomodación, descritos por Piaget en sus trabajos de psicolingüística.

El texto editado, de acuerdo con Goodman, ha sufrido un proceso de selección de la información en el que intervienen no sólo las exigencias lingüísticas para acomodar esa información a la expresión escrita, sino también

el propósito del autor y la consideración del público al que se dirige. El lector, por su parte, selecciona, de toda la información contenida en el texto, la que considera más relevante según sus conocimientos y experiencias de vida y según el objetivo que guía sus lecturas. En consecuencia, el texto construido por el lector no será idéntico al del autor, puesto que no involucra una serie de inferencias y referencias que están basadas en los esquemas propios del lector. El texto, así construido, es el que el lector comprende. Cualquier referencia posterior que haga el lector respecto de lo leído, tendrá por base el texto construido por él y no el publicado por el autor

Somos lectores, viajeros de biblioteca en biblioteca, de libro en libro, de imágenes en imágenes, buscadores de asombro, como en la primera noche cuando nuestra madre nos leyó *Las mil y una noches*, con la voz trémula de emoción y de sueño.

*\*Coordinador del programa Fomento de la lectura de la Caja de Compensación Familiar de Antioquia “Comfama”. Columnista del periódico El Mundo de Medellín, colaborador de El Colombiano y otros periódicos y revistas de la ciudad.*

## Nuestro invitado

*Las fotografías utilizadas en el diseño de la revista pertenecen a La FUNDACIÓN VÍZTAZ, pionera y líder en la realización de proyectos de recuperación, preservación y difusión del patrimonio cultural, utilizando las nuevas tecnologías. También realiza trabajos en las siguientes áreas: fotografía análoga y digital, multimedia en CD-ROM, banco de imágenes digital, sistematización de archivos fotográficos empresariales y restauración de fotografías. Ha desarrollado proyectos y productos como: Un siglo de vida en Medellín, Fotografía Colombiana 97 - 98, Medellín 2000, Archivo del patrimonio Fotográfico y Filmico del Valle del Cauca, La región de Occidente vista por sus fotógrafos, Antioquia Toda, Antioquia desde el Aire y Vive Medellín.*

## El alma social de Ingrid

Nadie puede entender cómo las Farc, que se proclaman abanderadas de las causas del pueblo, han mantenido cautiva durante cinco años a Ingrid Betancourt, cuyos actos en la vida pública se han caracterizado por sus luchas a favor de los desvalidos y sus ataques frontales contra la corrupción política.

En el libro “La rabia en el corazón”, publicado en el año 2001 tanto en Francia como en Colombia, Ingrid señala con dedo acusador y tono vehemente las injusticias y los abusos de que es víctima la población por culpa de los políticos deshonestos e ineficaces. El sartal de inmoralidades que campean hoy en la vida nacional, y que parecen no tocar fondo, tienen en este libro severa censura como causantes de nuestros infortunios.

Pocas cosas han cambiado desde que Ingrid inició su carrera política. Antes fue el Proceso 8.000, y hoy es la ‘parapolítica’. En esta danza de la concupiscencia por el dinero y el poder, que ella fustigó con enardecidos discursos parlamentarios, salió a relucir la endemia moral de un país que camina hacia el abismo. Primero se opuso a la absolución de Samper dentro de un proceso dominado por amigos incondicionales, y luego rompió con Pastrana cuando incumplió un pacto que habían convenido para frenar la corrupción.

Las acciones de Ingrid estuvieron siempre encaminadas hacia la defensa de la moral y la depuración de los vicios públicos, generadores de pobreza para el pueblo. Como sus palabras pisaban muchos callos, sus propios colegas le propinaron denuestos y obstaculizaron su labor.



Al sentirse sola en los debates y escuchar apenas alguna voz lánguida de apoyo, se decepcionó de la clase política. Su modelo de gobernante era Galán, y a él lo asesinaron las balas mafiosas.

En una de sus campañas acudió al condón como símbolo del sida (clara referencia a la corrupción política). Ella misma repartía preservativos en semáforos y vehículos. Cambiaba condones por votos. Después se inventó la campaña del oxígeno. Estas señales le imprimían identidad social y así obtuvo en dos ocasiones los mayores votos dentro de su partido para llegar al Congreso. La gente creía en ella. Y sigue creyendo, tras los cinco años que han corrido desde su secuestro.



Cuenta en su libro que la primera misión realizada como funcionaria del Ministerio de Hacienda –en 1991– fue la relacionada con un estudio sobre Tumaco, puerto donde se compenetró durante varios días del drama de 30.000 familias amontonadas en las peores condiciones de vida, a merced del hambre, la humedad y la acumulación de basuras. Esta escena conmovió su entraña social. Desde entonces supo que había que redimir al pueblo. Y luchó por hacerlo, aunque con poca suerte, como se ve.

En 1997 gestionó el patrocinio de la Cámara de Representantes para la publicación del libro titulado “El olvido no tiene palabra”, del poeta quindiano Javier Huérfano, un hijo del pueblo que luchaba, y lucha, entre penurias y sofocos por una subsistencia digna, y cuya voz de angustia clama en dicha obra, lo mismo que en otras del mismo autor, como un dedo en la llaga de la desprotección social.

Y ella misma escribió el prólogo, que vale la pena leer hoy, después de diez años de la edición del libro y de cinco del inicuo cautiverio de la dirigente política. Ayer y hoy he encontrado deslumbrantes y conmovedoras esas palabras, escritas con bello acento poético –que yo llamaría “poesía de la miseria”– y que se convierten en fiel reflejo de la sensibilidad humana de la autora:

“Ad portas del tercer milenio, cuando la tecnología lo ha invadido todo, ser poeta resulta ser un lujo exquisito. Cuando ese lujo se lo concede a sí mismo quien nada ha tenido, la poesía se torna heroica, un grito del alma en rescate de la dignidad de ser hombre, antes que máquina.

“Aquí, en Ciudad Bolívar, en medio de los cerros pelados por la crudeza de vivir, nace el olvido.



Ejercicio supremo de libertad, el olvido teje su terapia sobre la desesperanza y el rechazo y anida –con letras– entre los labios humedecidos de un hombre con voz de niño. El poeta ha descubierto otra forma de protesta. No es la de las marchas sindicales, no es la de las reivindicaciones salariales, ni la de demandas en estratos judiciales. Es la del alma que no se conforma con menos por el hecho de poseer muy poco.

“Mágica expresión que convierte en clamor universal el canto del desplazado de la dulce Colombia. Aquí termina el tiempo, se desvanecen las fronteras. Se agota la diferencia. Las palabras nos curvan el alma a todos. Nos suavizan el dolor, como el último beso antes del hechizo nocturno en brazos de Morfeo. Aquí, con el olvido a cuestas, estamos desnudos ante la muerte. A ella le traemos la esencia de nuestro recorrido, donde más ha contado la fugacidad de una mirada de ternura, que las horas dedicadas a calmar el hambre y el frío.

“Dios ha querido, para fortuna mía, que conozca al poeta. De su mano he caminado por el túnel sin luz de la injusticia, a ciegas pero mordiendo siempre el tallo amargo de la rosa, mientras me contaba, con las palabras que transcribo de memoria, el relato de su vida:

“Escribir sobre el olvido es tan difícil, es rasgar más la piel de una historia que descubierta siempre no ha tenido quien la cuide, tal vez no tiene la insinuación de los ángeles del sueño en la pesadilla diaria del poeta de estos últimos años. El extraño mundo del poema posee su propio patio en la desesperanza de escribir, ahora que nos arrullan las balas y los insultos.

“Este libro es la colección de pérdidas del poeta, o mejor la negación como premio que da el tiempo, tal vez la añoranza de una tía pobre con siete hijos, o la otra que empaca arepas para sus sobrinos, retrata a Nina empeñando sus muebles para comprar mercado, o cuando Yolanda llega triste y cansada del trabajo con la muerte ahí como criatura que se reproduce por dentro sin palabras y con rosas.

“El olvido no tiene palabra. Cumple con la misión de negar, deja al descuido poemas cortos pero profundos, toca la magia que el poeta recoge de las calles desmanteladas de una ciudad forastera. Enamora sitios que inventa el mismo verso, y ofrece palabras diseñadas en la desnudez de un hombre de este tiempo, nada fácil para cruzar los días.

“Estos sentidos poemas fueron escritos en una humilde casa de inquilino y en el barro del barrio Lucero Medio del suburbio bogotano de Ciudad Bolívar, todo en el bello tiempo cuando el poeta llamaba con cariñosos apodos a sus tres hijos, hoy ya jovencitos con nombres propios.

“Ahora el olvido sí tiene palabra, tiene sitio en la biblioteca de los postergados que con la tierra y el polvo todos los días tenemos que ganarnos la vida con la venta de unos poemas, y bienvenido el grito con los ojos alegres de un poeta casi cuarentón que posa de joven, con risa de hombre que vaga por las calles en la melodía del odio de una sociedad adversa. Por la ventana pasa una tempestad y el mundo le resta números a la muerte”. Ingrid Betancourt Pulecio, Representante a la Cámara.

*\*gustavopaez@cable.net.co*

*JAVIER HUÉRFANO (Calarcá, 1959)*

*FUE POR TODO LO NO HABLADO*

*Si no fue la guerra que cerró los ojos y nos dejó ciegos, el silencio atrasó la voz en la campaña y un amor a punto de vivir cerró las alas de una ventana minusválida.*

*Poema es la rosa en las dispersas palabras que juegan a decir algo, y fue por la guerra que volví a una calle a escudriñar rostros, a un almacén de muertos bonitos.*

*Si no fue por todo lo no hablado que un abrazo se quedó sin brazos, ahora la muerte de los ojos se sale de su mundo.*

## LAS FICCIONES DEL TRANSGRESOR

Tal parece  
que realmente  
nada sabemos del amor.

El mundo no sabe nada de nada.

Somos caminantes  
y por supuesto  
no hay camino.

Podríamos responder al otro  
que su voz es una verdad  
inútilmente arrojada  
al circo de las palabras ajenas.

Que nos repetimos  
como serpiente que se muerde la cola.

Algunos van contra la sinceridad.

El guía espiritual  
de una fe que nació pobre  
exhibe oro y fetidez  
en el lujo que acumula.

Así quizá  
hablemos el mismo idioma.

Así tal vez  
comprendamos  
que de otro lado  
que no aceptamos,  
no sólo brota lo siniestro,  
sino la luz  
de un nuevo amanecer.



Fotografía: Adriana Lemarie de U - Medellín

## UNA VERSIÓN DEL GUERRERO

De Christiane Rochefort

Sí, el presente.  
Alabado presente  
por toda la agonía  
y su fútil desempeño.

El instante.  
Perpetuo instante  
que va de instante en instante.

No des un pescado,  
enseña a pescar.

Ni un resfriado  
pesaría esta trampa  
en que nos sumergimos.

No hay pasado,  
todos sus pasos  
han quedado atrás:  
espalda del mundo.

No hay futuro,  
todos sus pasos  
aún no se han dado:  
horizonte talismaneado  
por la esperanza.

De ver el paraíso de frente  
el hombre se mataría.

Qué es todo esto  
sino el desquite  
de la retaguardia  
que deja la inteligencia.

Un pescado salvará el instante,  
sólo eso.  
Mas el instante es ya,  
hoy que es la eternidad.  
Lo demás  
es el otro presente  
que no habitamos,  
que dejaremos de habitar.

Presente continuo  
que mancillamos con amor:  
madriguera, guarida, cubil.  
Amor al que le sacas todo  
lo que es ajeno y desaparece.

Y la esperanza,  
prefiguración de un no sé qué,  
la esperanza.

No más fingir sentir  
lo que no se siente.

No más los buenos modales  
del sentimiento.

Un árbol de mango  
no fructifica en naranjas.

El león no seduce con palabras,  
no invita a su hembra al bar,  
la monta y basta.

La leona no le pregunta después:  
¿me llamas mañana?

Mas la razón,  
la desmesurada lucidez.  
Historia tumefacta del intelecto.  
Refrito para que alguien diga:

Comencé a pensar  
que la razón  
es una forma de locura,  
una locura por lo bajo.

¡Alta locura,  
genial advenimiento:  
arrójenme al mundo!

## **MODERNIDAD**

Dios,  
aquello que nombramos  
como lo innombrable,  
el de los muchos nombres,  
asumió el mundo creado  
a partir de su propia creación.

Estaba solo.

Única posibilidad para ejercer  
las nuevas palpitations de lo por venir.

En soledad  
el creador puede crear;



lo demás es ruido que abona  
de alguna y mínima manera,  
el acto mismo de lo que se crea.

Quizá por esto  
el poeta,  
el artista,  
el filósofo,  
crean antes en ellos mismos.  
Para luego dejar la visión,  
el verbo,  
el delirio y las máscaras.

Sin embargo,  
Dios ha sido olvidado.  
Habita ahora su propio vacío.  
Crea hacia adentro.

Quizá así,  
y por tal razón,  
la creación del creador  
comienza de manera efectiva  
en la distancia,  
después de su muerte.

Dios ha muerto  
afirmaba el loco,  
el gran master of puppets  
ha declinado.

De allí,  
nuestra vocación por el futuro,  
el ánimo del progreso,  
la autosustantivación  
y el ejercicio diario  
en la búsqueda de lo creador.

Algunos piensan,  
intuyen,  
imaginan un mundo nuevo;  
pero se arrojan desbocados  
con las mismas palabras del año pasado.

Voces nuevas sin embargo,  
preparan nuevas palabras,  
incluso creen guardar un mundo sin muerte.

¡Terrible!  
Dirán muchos,  
y no hay tal.

Al menos tendríamos la prisa de Dios;  
es decir, la paciencia infinita.

Habrían dientes de sable eligiendo presa,  
mares y continentes sumergidos.

Pero el tiempo inapelable,  
el fracaso de los ejércitos,  
la mortecina que golpea al hombre...

Esta historia podría continuar;  
mas acabamos de llegar a la azotea  
de una inmensa civilización.

Al final está escrito:  
adiós diocesito pequeño...  
adiós.

## LA MENTIRA DE DIOS

Sólo el cambio no cambia,  
dice un verso de José Emilio Pacheco,  
poeta mexicano.

Acaso en esencia  
sólo nos habita el movimiento,  
la transformación.

Esencia es lo que constituye y proyecta.

En ese orden,  
el cambio debería cambiar igual.

¿Es que el poeta miente?  
Quizá así haya sido siempre.

Cuestión tratada por Platón  
y Friedrich Nietzsche,  
pensadores ambos.  
De la cual reinvento cierto tipo de ateísmo,  
como reinvento el miedo  
a medida que asumo el vivir.

Si Dios creó el mundo,  
el tiempo,  
lo posible a nuestros ojos,  
y lo imposible a los suyos,  
Dios debió de haber sido un gran poeta.  
Y quizá siga en su trabajo.

Por tanto,  
Dios existe en su inmaculada mentira.

Por eso no puedo creer en él.

Mas esto es mentira.

## **CARTA CON CIEN PÁJAROS**

Soy luna, vacío.  
Entro, tenue viento,  
silencioso margen de luz.

A tu hora busco norte,  
quebrada primavera, voz imperiosa.  
De ti la rosa que también muere.

Asómate al límite,  
dirige tu ojo, mediodía.

Salto o fuerza, navío,  
ruta, fantasma del tiempo.  
Todo concluye, mano, amor,  
brisa truco del sur.

Ave vuela, aullido anuncia.  
Tu pelo simula cascadas de jade.

Es otra mañana,  
el canto brota,  
veta, mirada danzando al llamado.

Qué decir de tu sonrisa,  
qué de tu cadera amarilla.

Atrás, del lado de la sangre,  
turbión, ancla tejida vigorosa.  
Hoy en tu pecho,  
leche, conquista del mar.

Otro juego impera,  
susurro a tu oído.  
Lluvia, licor de miércoles.

Una veleta te nombra,  
quizá el camino sea fiel.  
Mas no dejes al viento tu acto.

Descansa ahora,  
arremete al alba.  
No es tarde para el beso.

## Historias sin patria

8 de octubre de 1984

La mujer colocó la caja de cartón con los pequeños huesos sobre una enorme piedra cerca al sitio donde los habían desenterrado los peritos. Armó partes de lo que alguna vez había sido un cráneo, las escasas vértebras, las falanges; todos del color de la desazón: el sepia. Luego, en la morgue sobre una mesa fría de azulejos de carnicería, vio por fin lo que había quedado de su hijo. Colocó cuatro velas alrededor y, en este acto tan solitario, comenzó a leer los Salmos, en una Biblia ajada, que la fortalecían en cada lugar donde una pista la conducía tras el rostro.

La comisión de los forenses había dividido la tierra trema en un plano y había escarbado con pequeñas espátulas y escobillas. Algunos desmenuzaban la tierra con una criba y separaban los objetos diminutos. La Fiscalía había autorizado, luego de arduas diligencias frente al rostro sucio de la burocracia, esa comisión por un solo día en El Rojo, frente a una escuela entre Ríosucio y Supía. Cada minuto que corría era la posibilidad de encontrar el cuerpo, cada minuto que corría era la posibilidad de que en ese tiempo límite no se hallara absolutamente nada. Ella era terca y estaba atenta a los acontecimientos. Pero el día ya moría, el sol se derretía en sus salmos rojos más allá del confín de las montañas. Un rayo de ese sol se filtró por los árboles como el último suspiro, canto del día, antes de perderse. La mujer, como poseída por su terca credibilidad que no es más que el secreto de descreer de la razón, creyó ver algo así como una seña en un rayo de sol que iluminó un pedazo de suelo. Antes que la comisión debiera marcharse pidió que removieran la tierra iluminada por su certeza.

*Fotógrafo: Jorge Mejía Ordoñez - Cali*



En ese sitio, una falange brotó al golpe de la pala, luego algunas vértebras, luego algunas partes del cráneo. La comisión se entusiasmó y prefirió seguir durante la noche; auspiciada por sus hallazgos. Sólo encontraron, a pesar de su tesón, huesos incompletos.

No durmió esas noches. Tenía la certeza de que era su hijo buscado durante ocho largos años. La tierra sabia la había esperado, la tierra sabia lo había devuelto desde su humus maternal. No tenía manera de comprobar que esos huesos habían sido su propia carne, su propia sangre, su propia risa, su propio llanto; su amor.

En la mañana, muy cuidadosa, lavó los huesos en la poceta de la escuela. Recordó que lo había bañado cuando niño, cuando él capoteaba una ponchera llena de agua tibia y la había hecho sonreír con esa risa infantil que desbarata todo, como si la imaginación navegara en un mar proceloso.

A la salida de uno de los muchos cuarteles visitados, un soldado le dijo, frente a la escuela

en El Rojo hay un yarumo; ahí lo enterraron. El soldado desapareció entre la tropa. Nunca sería capaz de reconocerlo. Los soldados de uniforme siempre son iguales.

Esa día le dijeron a Lalinde, que era su nombre de correo, que no saliera a ninguna parte que un auto lo estaba siguiendo. Tantos años no le bastaban para que un simple rumor lo hiciera cambiar de parecer. Quería llegar a Medellín, buscar las calles, la música, enredarse con alguna desconocida. En el bus que lo traía para la Villa, en un retén, fue obligado a bajar. No necesitaron confrontar huellas ni papeles de identificación.

Le colocaron una soga al cuello y comenzaron a halarlo sobre el mismo yarumo, lo subían y lo bajaban hasta que no pronunció ninguna palabra; la delación no era su debilidad. Luego un culatazo cayó sobre su pómulo derecho, varios culatazos partieron su cráneo, un balazo en el cuello fue su epitafio.

Cuando guardó los huesos en la caja de cartón que había llevado a Ríosucio y le había rezado, sabía que comenzaba la batalla legal por identificar el rompecabezas de los huesos. En la oficina de Bienestar Familiar ningún empleado medio, ni alto ni bajo, le prestó atención. Para evitar que el caso quedara sumido en la tierra de la oscuridad, del miedo, la impunidad y del silencio, y acaso que ella misma dudara que su hijo no había existido nunca, persistió de oficina en oficina, de cantón en cantón, de cuartel en cuartel. Envió cartas al exterior a oficinas que habían surgido porque ya se aceptaba que los desaparecidos no eran una invención. El espíritu de los campos de concentración hacía carrera en las tierras del trópico, donde todo era fiesta. A los cuatro años consiguió un permiso para enviar los huesos a un laboratorio médico del extranjero, pero debía realizar otro trámite: ser

enviado por correo diplomático de la cancillería, que es el único que no pasa por el control de los rayos x en los aeropuertos. Esta labor demoró otro año. El tiempo corría para que la impunidad no estableciera su reino de sombras.

Había localizado en Cincinnati a una amiga suya, experta en antropología forense: identificación de cadáveres. Envió una muestra de algunos huesos de la cara. Nunca hizo enterrar los despojos, no los guardó donde ningún juez ni curioso ni algún asesino llegado de las sombras quisiera evitar su reconocimiento y pudiera robarlos.

Sus padres se habían separado desde que su hijo cumpliera dos años. Hacía veinte años su padre se había perdido por algún municipio de Los Llanos. Luego de regresar al pasado y contactar a la familia y amigos, supieron que él bajaba de una finca sólo un día cada mes. Pocos sabían de su destino. En una emisora nocturna alguien comentó que lo conocía y que era un ser silencioso. Cuando se vieron frente a frente, la mujer entendió que quien fue su esposo se había convertido en otra persona. Ya eran dos extraños, sin recuerdos en la memoria. Él se había refugiado en su soledad y el verde de una finca sembrada de pan coger. Había desechado la civilización y su familia sólo quería esperar, absolutamente solo, la inefable muerte. En Bogotá, que encontró convertida en otra ciudad enorme, se dejó tomar las muestras de sangre para enviar a Estados Unidos, en la valija diplomática. No lloró cuando supo la desaparición de su hijo, ni su asesinato. Luego regresó a su finca y nadie lo volvió a ver. Sabía que era un fracaso tener hijos y a más de eso no volver a verlos nunca.

Al año regresaron con el veredicto: existía un 99,5 por ciento de que los huesos pertenecieran a Lalinde y como si eso no bastaba, habían

reconstruido su rostro con las técnicas modernas. Ella sólo atinó a derramar una lágrima.

La madre debió renunciar a su trabajo. Sabía que el hombre es un animal simbólico que, hasta que no encontrara el cadáver del hijo no descansaría; este existía en algún lugar de la tierra. Una cosa es enterrarlo y otra es saber como queda una familia sin enterrar a quien se ha ido sin saber dónde está ese suelo sagrado.

La noticia de su muerte la había escuchado y leído en la tele, en emisoras y periódicos. Buscó su cuerpo, en vano, desde campamentos de soldados de menor grado, hasta los cuarteles de mayor rango y en las brigadas especializadas; les narró su problema a mujeres de militares, que nunca la compadecieron, su dolor; hurgó en frías oficinas de derechos humanos, y sólo obtuvo años de incertidumbre. Después de denunciar la desaparición a Ongs de Suecia, y de la Comunidad Europea, de firmar miles de cartas, de enviar fotografías, de pegar en la región de El Rojo y en las fachadas de edificios militares, las fotografías del desaparecido fue insultada y vituperada, pero una madre es testaruda como una sola madre sabe serlo.

Con el propósito de arrancarle secretos a un hermano suyo, la casa fue allanada en la noche. Elena, una hermana suya que subía después de una ardua rumba en el Centro, cayó en cuenta, tres cuadras antes de llegar, de cómo las manzanas estaban rodeadas por los cuerpos de seguridad y por las milicias. Buscaban a su otro hermano como retaliación del escándalo propiciado por su madre, quien no tenía ninguna pena en salir con un cartel a la calle para mostrar el juicio de las iniquidades sumariales en el silencio y la noche de los lobos que aúllan y piden sangre.

Su hermano se escondió durante un año en el apartamento de un amigo suyo. No contestaba al teléfono, no buscó sus lugares ni sus amigos en ninguna parte de la ciudad. Pronto sus familiares cercanos y lejanos admitieron la posibilidad de que hubiera también desaparecido, como se dice. Su hermana, que ya había comenzado a tomar calmantes, a ser presa de los nervios, sabía que poco a poco debía animar a su madre porque de lo contrario ambas terminarían creyendo que ninguno de sus hermanos había existido, ni en su pensamiento ni ante la legislación que por nada del mundo admite que una persona deje de existir si no se ha encontrado el cuerpo.

Era como estar preso, era como no existir, como estar enterrado en una tumba cómoda. Cuando llegaron los investigadores de la ONU, la prensa publicó un informe, ese mismo día, de cómo en un allanamiento a la casa a la madre hallaron dos kilos de cocaína. A la pregunta de los periodistas, los comisionados respondieron con esa certeza del que no está implicado, que esa anciana de facciones bellas y cabello blanco, no era narcotraficante.

Inculpada, fue encarcelada durante dos años. Las comisiones se apersonaron del caso. Como siempre el azar vino en su ayuda. Un soldado también anónimo testificó que ellos mismos habían colocado los kilos de cocaína pura en casa de la mujer.

Las pruebas del crimen eran contundentes ante los tribunales exteriores. La mujer espera, en la soledad de un hogar destruido, que la indemnicen con mil gramos oro, pero sabe que a su hijo nadie lo regresará.

---

*\*Víctor Bustamante. Narrador, poeta y ensayista. Autor, entre otros, de los libros "amábamos tanto la revolución y "El papa de Barbosa".*



## ¿USTED YA TIENE QUIÉN ME QUIERA?

**S**i usted tuviera quién me quisiese, no estaría ahí mirándome con esa cara de consolador estúpido esperando que me caiga una lágrima de los ojos. Sino más bien andaría por la calle con un aviso a la espalda, anunciando, buscando, ofreciendo a ver quién estaría dispuesto a quererme. Pero le noto esa expresión de sorprendido porque no tiene quién me quiera y eso le produce un efecto frustrante por no haber hecho los esfuerzos necesarios para conseguir a ese quién, que pueda quererme. Debe pensar que no es su problema, pero no crea, hace tiempos nos conocemos y desde que no me quiere usted más, han pasado muchos inviernos; aquí adentro no pasan sino inviernos. A menos que se llene de coraje y vaya a buscar a ese alguien que pueda quererme más, mucho más de lo poco que me ha querido usted. Ya ve, se queda mirando a cualquier parte porque sabe que es difícil aceptar que de inútiles está repleto el mundo y muchos en cargos bastante importantes. ¿Importantes para quién? Vaya uno a saberlo.

Le estoy dando la última oportunidad de conseguir quién me quiera. Y no estamos tan viejos. Eso nos justificaría; una especie de enclenquismo cojeando hacia la tumba adonde se puede llegar gracias a un empujoncito salvador.

Cuando éramos formales, cual ciudadanos que andaban sin angustias cotidianas, muchos querían querernos. A usted por ejemplo, le buscaban el lado por todos los lados y a mí me querían chupar los huesos hasta el tuétano. Inclusive querían acomodarnos los hijos de las mejores familias.



*Fotógrafo: César Duque Salazar  
Armenia*

Sandeces, dices, y te ríes bajito. Espero que estés imaginando cómo va a dar esta queja, este grito, esta vociferación de adentro. Porque esos que nos querían, ya no nos quieren más, se cansaron, se fueron a vivir a otros afectos, se emocionaron en otros tours sentimentales y no nos recuerdan más nada; para nada.

No sé cómo va a zafarse de este encargo que le estoy haciendo hoy, mientras cae esa brizna grisácea que empaña el cristal de mi ventana. A propósito, tampoco haz averiguado quién ha dejado la huella de sus labios en el cristal de mi ventana. Es un beso que no se borra y que no

he borrado porque hace mucho tiempo que no veía un beso dirigido a mí; ¿si es a mí?

Ya sé que vas a decirme que los besos se dan, que las lenguas se juntan para hablar lenguajes milenarios, que los besos no suelen quedarse detenidos en el cristal de una ventana. Pero esos labios han sido puestos allí, quizás espontáneamente, y me he puesto a mirarlos y pertenecen a una boca carnosa, nada fina o delgada como la tuya. Y es probable que no sea sólo la huella de un beso, es una señal. Esos labios tienen infinitas palabras reunidas en sus pliegues. Cada día me levanto a observarlos para extraer de ellos sus mensajes recónditos hasta armar frases completas de lo que han querido decirme.

De nuevo pones esa cara idiota como diciéndote: este está loco, qué pereza. Y sí, a lo mejor, pero nadie regala un beso en el cristal de una ventana por la simple vanidad de ver cómo quedan los labios fuera de uno. Porque un beso es dejar los labios en otro. Este beso es de alguien que está buscándome para quererme y esa ha sido la manera de decírmelo. El amor

puede transmitirse de formas sencillas y sin aspavientos. Las alharacas son más de las sesiones del congreso o de las partidas de fútbol. Dígame de una vez por todas si me trae noticias porque estoy diciendo cosas que ya no digo. Mejor será que levante el vuelo y traiga el encargo que hace rato le he venido pidiendo. Recuerde que no hemos sido malos, no hemos matado a nadie y no nos han excomulgado gracias a que los curas no nos ven en años.

Te paras con ademán de irte, y me dejas otra lista sobre el escritorio, esas repetidas listas de mis posibles candidatas a querencias. Eres patética. Recuerde que las listas sirven para hacer el mercado, y ya no merco. Esta hambre vieja se cansó de esperar bocado. De manera que estaré aquí pendiente de que regreses con alguien real. Mientras tanto continuaré descifrando lo que dicen esos labios. Voy a medírmelos una y otra vez, los saboreare, y no oiré más noticias, no mandaré más correos, ni publicaré anuncios ni con pelos ni señales. Y quizás, si al mundo le da por escampar, le cerraré a usted la puerta y borraré para siempre esos labios del cristal de mi ventana.

**Gustavo Gómez Vélez**, nació en Itagüí, Antioquia, Colombia en 1966.

Hizo estudios de Teatro y Literatura en la Universidad de Antioquia.

Actualmente se desempeña como Asesor Literario de la Fundación Biblioteca de Itagüí. Dirige la Revista Letra.

[gagov66@gmail.com](mailto:gagov66@gmail.com)



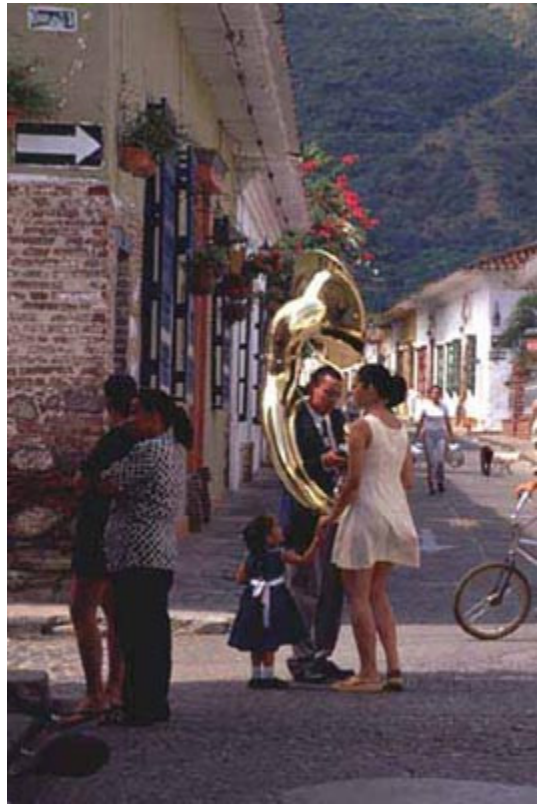
*César Duque Salazar - Armenia*

## MALDICIÓN

Que el que ha bebido el sudor de mi cuerpo  
aspire a beberlo siempre,  
pues como el agua del Nilo  
ninguna otra apagará su sed.  
Que el que halla dormido  
en la tibieza de mis carnes  
aspire a tener un sueño reposado  
entre morenas y rosadas pieles,  
ninguna otra le dará cobijo.  
Que perdido esté quien haya yacido a mi  
lado,  
anhelará mi alma en finas gotas de sudor.

## PEDIDO

No hacía frío, pero yo temblaba  
tu piel desnuda me abrigo  
iluminaste la habitación con tu sonrisa  
pregunte por tus deseos  
la boca, dijiste sonrojado  
cada roce se convirtió en caricia  
cada gota en saliva  
la tormenta arreció sobre nosotros  
electrizada la piel  
mil latidos por minuto  
me miraste  
es ahora, dije  
un torrente de leche dulce  
se derramo en mis labios  
ávida de ti fui alimentándome  
mientras tú perdías la conciencia.



*Fotógrafo:  
Carlos Humberto Arango Botero  
Medellín*

## LA TORMENTA

Ayer perdí mi última batalla  
navegábamos en el mar de los deseos  
la tormenta destruyó la proa,  
la vela se volvió pájaro nocturno  
y el timón perdió su norte  
al no encontrar la cruz del sur mostrándole el  
equivoco.

Ayer perdí mi última batalla  
naufragamos  
caíste por la borda  
se ancló mi cuerpo al mástil por el miedo  
y no pude salvarte.

## LA CONQUISTA

Tu cabello, un bosque primario, enmarañado  
donde los rayos del sol brillan en las copas de los árboles.  
Tu cabeza, tierra fértil donde crecen sueños y esperanzas  
de ciudades lejanas, de fantasmas.

Tus ojos, piedras preciosas del color de la miel  
y tu boca, ese volcán que me llama.

Si camino por tu cuello sin girar a derecha o izquierda  
llego a una planicie sembrada de azucenas  
dos ríos tempestuosos se desprenden de aquel campo  
bajo el cual late la fuerza de tu existencia.

camino,

camino lentamente y me empapo en el lodo de tu piel  
que al contacto con mis manos se humedece y estremece.  
Más allá de tu sexo, dos cordilleras me conducen fuera de ti  
yo las miro con desdén y construyo mi casa en es orografía  
entre ríos, llanuras y campos verdes

donde cada célula de mi cuerpo necesita morar, ser estrujada por tus valles y  
colinas,

recibir el regalo de la espesa saliva

el abrazo de tu continente antiguo que invade mi América despierta .

Donde están las carabelas,

en que playa,

en que mar izaran sus velas

para venir a descubrirme, a invadirme con bravura.

donde yacerán tus piernas,

donde tus ojos miraran el futuro,

donde la esperanza,

la desesperanza

donde y cuando vendrás a conquistarme

a cambiar mi lengua.

### VARIACIÓN 1

Lástima que dios  
No quiso que te amara  
Tenia que haber tomado la manzana del Edén  
Y cuando llegué  
Los habían expulsado a ellos

---

*Eliana Maldonado* nació en Medellín el 20 de diciembre de 1978. Primer puesto en el concurso de poesía erótica Jazz-Eros, universidad Nacional de Colombia, con el poema «Fuera del Paraíso», 2005. Ha publicado algunos de sus poemas en la revista Punto Seguido. Participante activa en el programa de radio «Taller de Luna» de la emisora de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.



## Mal comprador

**A**sistí emocionado por las grandes rebajas que ofrecían los mercaderes de ilusiones. Pero, como eran demasiados compradores los que trataban de aprovechar las gangas, ni siquiera pude acercarme al mostrador para adquirir una de ellas, por pequeña que ésta fuera.

En el mismo sitio ofrecían un gran surtido de sombras, pero, como pocos se acercaban a adquirirlas, los dependientes no abandonaban su gesto adusto, yo decidí pasar de largo. En fin, no iba a malgastar mi dinero, pues ya tenía una sombra, aunque algo pálida, ceñida a mis pies.

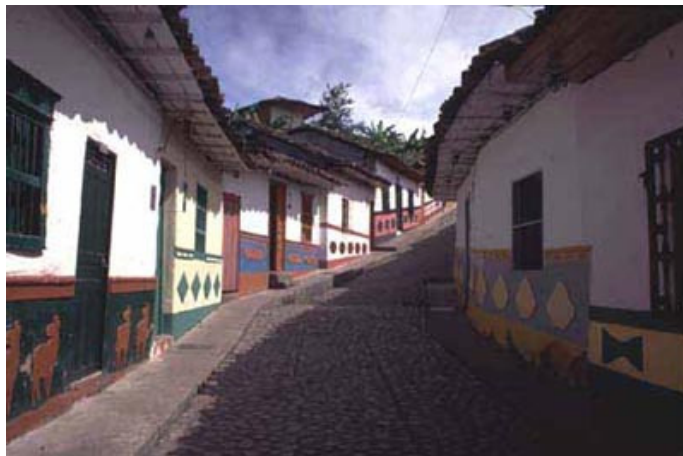
Los clientes abandonaban el almacén con un par de paquetes o de bolsas y pensé que me vería mal si salía con las manos vacías. Así que regresé al departamento de ilusiones y, sin importar cuanto tiempo esperara, finalmente, compré un sueño pequeñito, delicado y sutil como la mujer de mis sueños.

Sin embargo, tuve mala suerte con mi compra. De regreso a casa, cuando ni siquiera había recorrido medio camino, me sorprendió tremendo aguacero y yo me protegí con el envoltorio de esa diminuta ilusión. Cuando el paquete se deshizo, la lluvia me permitió ver cómo era de bella la ilusión que había adquirido. Sus gruesos labios, sus largos cabellos y hasta su cuerpo diamantino que comenzó a temblar, hasta que su sonrisa se rompió con un diminuto quejido.

Yo tuve la culpe de que mi ilusión se echara a perder. No leí con cuidado, ni siquiera puse atención, al breve mensaje de la etiqueta: manténgase en un lugar seco.

## El regreso

Maldición, se dijo el viajero, cuando vio su pueblo perdido entre la bruma. Y de inmediato sintió una punzada en el dedo gordo del pie derecho, porque no importara cuanto tiempo tardara en regresar, siempre al dar la vuelta en la cuadra donde lo esperaba su vieja casa, tropezaba con la misma piedra. Al principio pensó en quitarla, siendo muy joven, pero su padre. Que aún vivía, sólo alzo los hombros y dijo que no le veía sentido, ese es el hogar de la piedra y así como nosotros sentimos la necesidad de volver a casa, ella se sentiría



*Fotógrafo: Carlos Humberto Arango Botero  
Medellín*



fuera de su sitio si alguien la moviera de su lugar. Y cada que volvía al pueblo, aunque muchas veces se prometió no hacerlo, se golpeaba el dedo gordo del pie derecho. En esta vuelta ejecutó una maniobra desesperada, aprovechando la neblina que cubría la fisonomía del pueblo, caminó alzando exageradamente las piernas. Podría decirse que nadie lo observó entrar a su casa y, cosa rara, tampoco tropezó con la roca que sus padre y él habían tenido a un lado de la puerta. Los días siguientes la bruma disminuyó, y el siguió sin golpear su dedo, pero sus días en el pueblo se volvieron vacíos por alguna causa, pues ni el aire que corría por las tardes, ni el humo del horno cercano, ni el canto de las aves de corral, lo abrigan de tanta lejanía. Una tarde, por fin, salió a la fuente del pueblo, pensando que sí llenaba un cántaro y bebía de sus aguas, se sentiría mejor desde su regreso. Así que salió y cuando regresó, olvidándose del peligro de la piedra, se puso un severo golpe en el pie que las punzadas de dolor, subieron hasta su frente. Sin embargo, el hombre no soltó el cántaro, y, después de un quejido, siguió adentrándose a la vieja casa que había heredado, mientras pisaba con suavidad para no lastimar más de la cuenta su pie adolorido y cuando, por fin estuvo adentro, exclamó, sobándose el dedo gordo del pie derecho; he vuelto.

## El encantador retirado

Aunque puedan ponerlo en duda, yo era encantador. Hacía mis gracias en las esquinas de las plazas, a veces en los mercados y en cualquier otro lugar donde hubiera algo de concurrencia.

Siempre con el torso desnudo, no requería de turbante ni de mostrar una flauta dorada. Sólo utilicé mis pensamientos potentes y mis cautivadoras miradas. Y con eso los reptiles me obedecían y bailaban al ritmo que yo les marcara y todos admiraban sus hechizos.

Pero un día cautivé a una mujer serpiente —un bicho que casi nunca duerme— y el público acudía intrigado a presenciar mi portentoso hechizo. Todo marcharía bien si no fuera porque la mujer serpiente abandonó el gigantesco canasto y el público dejó de arrojar sus monedas hasta que escasearon.

Total, que no saben cuanto pesa este gigantesco canasto, algo inexplicable, si consideramos que está vacío. y en voz baja dicen que perdí mi mirada encantadora. Desde luego que mienten; la única razón de su ausencia estriba en que la flauta se me desafinó.

---

**Eduardo Villegas Guevara** Narrador y Dramaturgo, nació en Chimalhuacán, Estado de México, el 20 de mayo de 1962. Estudió Literatura Dramática y Teatro en la UNAM. Ha recibido, entre otras distinciones, el Premio de Testimonio 1987, convocado por el INBA y el gobierno del estado de Chihuahua y el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen 1990, convocado por el gobierno del estado de Sinaloa, a través de DIFOCUR. Fue becario del Fonca, dentro del programa Jóvenes Creadores, y del Focaem, en la categoría Creadores con Trayectoria. Recibió también la Presea “Estado de México” 2004 “Sor Juana Inés de la Cruz” en Artes y Letras.

## Jorge Enrique Adoum

### Ecuador: La geografía

Es un país irreal limitado por sí mismo,  
partido por una línea imaginaria  
y no obstante cavada en el cemento al pie de la pirámide.  
Si no, cómo podría la extranjera retratarse  
perniabierta sobre mi patria como sobre un espejo,  
la línea justo bajo el sexo  
y al reverso: "Greetings from la mitad del mundo".  
(Niños, grandes ojos rodeados  
de esqueleto, y un niño que se llora  
montañas de siglos tras un burro.)

### Historia

De la segunda página hasta hoy día  
no hay sino violencia. Desde  
el segundo día no hubo día  
en que no nos robaran la casa  
y el maíz y ocuparan la tierra  
que amé como una isla de ternura.

Pero mañana (mucho antes  
de lo que habíamos pensado)  
echaré al invasor y llamaré a mi hermano  
e iremos juntos hasta la geografía  
-el dulce arroz, la recua del petróleo-  
y le diré: Señora, buenos días,  
aquí estamos después de tantos siglos  
a cobrar juntas todas las gavillas,  
a contar si están justos los quilates  
y a saber cuánta tierra nos queda todavía.

---

*Jorge Enrique Adoum* nació en la ciudad de Ambato en 1926. Realizó sus estudios de Derecho y Filosofía en la Universidad Central del Ecuador y los terminó en la Universidad de Santiago, Chile. En esa ciudad fue, durante cerca de dos años, secretario privado de Pablo Neruda, quien aseguró que Ecuador tenía al mejor poeta de América Latina, refiriéndose a Adoum, que apenas tenía 26 años.